

El cerebro en llamas y el paso del tiempo

José Gordon

El choque era inminente. Circulábamos en el Periférico. A la persona que manejaba se le trabó la dirección. Yo iba en el asiento del lado del conductor. El ruido de la suspensión sobre el camellón nos avisaba que estábamos ante lo incontrolable. De pronto empecé a ver todo en cámara lenta: los arbustos se dibujaban cuadro por cuadro. En frente estaba el tronco grueso de un árbol en el que nos íbamos a detener, a estrellar. El instante se ensanchaba para dar cabida a una serie de reflexiones que parecían imposibles en tan corto tiempo: ¿sería el final? Todo dependía del azar, del posible lugar del impacto del auto. Mi cuerpo se ajustaba a la inminencia del choque con micromovimientos que respondían ante las variaciones en cámara lenta que iban a decidir todo. Estaba asombrado ante la forma en que se estiraba el tiempo y mi percepción parecida a la de un samurái posmoderno.

Algo similar le ocurrió al neurocientífico David Eagleman. Cuando tenía ocho años se cayó del techo de su casa. Su sensación era que la caída nunca terminaba. Incluso recordaba un pensamiento en medio del desplome que le rompería la nariz: “Así ha de haber sentido Alicia cuando cayó en el agujero del conejo”.

Esta experiencia fue clave en su exploración científica. Eagleman es el director del Laboratorio de Percepción y Acción del Baylor College of Medicine. Entre otros estudios, se ha dedicado a registrar cientos de historias en las que se reportan momentos críticos que amenazan la vida. Un hilo común: el tiempo parece estirarse.

Eagleman plantea que este tipo de situaciones enfoca la atención y produce el disparo de muchas neuronas en el cerebro que permiten más detalles sensoriales. Los



David Eagleman

recuerdos parecen durar más tiempo. Dice Eagleman: “El cerebro entra en llamas cuando usted está cayendo. Se establece una memoria más densa”.

Esto tiene que ver con un fenómeno llamado El Efecto Bicho Raro (Odball Effect). Eagleman lo muestra en su laboratorio: enseña la imagen de un zapato viejo de color café que se repite en la pantalla de una computadora. Ocasionalmente aparece una imagen distinta: una flor (el bicho raro). Cuando se pregunta sobre el tiempo que cada imagen estuvo en la pantalla, se tiene la impresión de que la imagen de la flor (que apareció muy pocas veces) cuando lo hizo duró más tiempo. El cerebro le presta más atención y enfoca a lo que es extraño. Eso distorsiona la sensación del tiempo. Dice Eagleman en una conversación con Burkhard Bilger: “El tiempo es esta cosa elástica. Se estira cuando realmente enciendes el cerebro. Sin embargo, cuando dices: *Me pasó esto. Es justamente lo que esperaba*, entonces se encoge”.

Por eso, lo inesperado es importante para vivir la vida con más intensidad y detalle. Eagleman, además de ser el autor de varios libros sobre neurociencia (el más reciente se titula *Incógnito. La vida secreta del*

cerebro), es también escritor de cuentos. En el libro *Suma. Cuarenta relatos de la vida futura*, el primer texto plantea un ejercicio inquietante: “Después de la muerte uno revive todas sus experiencias pero se barajan con un nuevo orden: todos los momentos que comparten una cualidad se agrupan en una misma categoría”.

Así, empieza una enumeración fría de lo que hemos hecho: durante dos meses seguidos manejas en la calle en donde te estacionas frente a tu casa; durante siete meses continuos tienes relaciones sexuales; durante treinta años te duermes sin abrir los ojos; experimentas todo lo que te ha dolido de golpe; por seis días seguidos te cortas las uñas; durante seis meses miras comerciales en la televisión. Toda la vida queda clasificada ordenadamente, incluso el momento en que uno se pregunta qué pasaría si los episodios de la vida estuvieran entremezclados, entremezclados y pudiéramos “experimentar el gozo de saltar de un suceso a otro como un niño que brinca de un lugar a otro en la arena ardiente”.

Aparecería el bicho raro de lo inesperado que enciende al cerebro y estira la intensidad del tiempo. **U**